

**MEMORIAS  
CARDENAL  
RAUL SILVA HENRIQUEZ**

**T O M O I**

**A S C A N I O C A V A L L O**

**E D I C I O N E S C O P Y G R A P H**

**Pablo VI, la nueva luz**

La reforma agraria, la pastoral social, el Concilio, la Gran Misión: las grandes novedades de los años 62 y 63 eran los latidos de vida de la Iglesia, lanzada universalmente a tomar el liderazgo en la construcción de un mundo moderno, más justo y fraterno, más humano y pacífico. Sinsabores e ingratitudes no mellaban este ímpetu que surgía a borbotones desde todos los rincones del quehacer evangélico: sentíamos que estábamos abriendo una nueva era, una era mejor, a las nuevas y a las futuras generaciones.

Muchos juzgan hoy la reforma agraria, y el papel de vanguardia que la Iglesia asumió en ella, bajo el prisma de sus resultados económicos a la vuelta de tres décadas. Esto es del todo injusto. Por de pronto, omite el hecho de que el campo chileno (y latinoamericano) vivía en condiciones de atraso que lo asimilaban a estados semi-feudales, o, cuando menos, atávicamente coloniales.

En el caso de las tierras que eran de la Iglesia, el proceso jamás fue estéril. Un número apreciable de familias comenzó desde entonces a vivir con paz, tranquilidad y bienestar. La producción aumentó en esos predios enormemente y en algunos casos la experiencia se convirtió en un modelo. Que por desgracia no haya sido seguido con las mismas directrices en el nivel nacional, no es algo que nos haga sentir culpables.

No soy técnico, y respeto lo que han dicho, tres décadas después, los especialistas del agro que consideran que la reforma agraria como fenómeno global no tuvo el éxito que sus promotores auguraban. Pero en lo que yo vi, la reforma arrojó un gran beneficio para el país. No sólo cambió las condiciones de vida de los campesinos, que tomaron conciencia de su dignidad como seres humanos, sino que también modificó conceptos arraigados entre los agricultores. Hasta los métodos de producción fueron perfeccionados, gracias a un

entendimiento más profundo de la necesidad de orientarse hacia los cultivos más intensivos y aumentar sus niveles de producción. Hay estudios recientes (recuerdo uno hecho en Estados Unidos) cuya tesis central es que la mejoría de la producción agrícola chilena encuentra sus raíces en la reforma agraria.

El Papa Pablo VI dio también un amplio respaldo a este proceso en 1966: "La noble empresa que constituye la reforma agraria y los esfuerzos de quienes a ella se dedican, cuentan con el interés y las preocupaciones de la Iglesia, y cualquier iniciativa en este campo cuenta con su más cordial adhesión, con tal que sea conforme a los principios que reciente y solemnemente ha proclamado de nuevo en la voz de sus obispos reunidos en Concilio".

Obviamente, ninguna reforma podría haber llegado a buen término si no se proporcionaba asistencia técnica y crediticia a los campesinos. Esto significaba cumplir con un proverbio chino que se repitió a menudo en esos años: "Si das un pescado a un hombre, le quitas el hambre por un día; si le enseñas a pescar, se lo quitas para siempre".

La evidencia de que ese respaldo era indispensable, y de que los campesinos no lo podrían conseguir por sí solos, se transformó para mí en un obsesión en ese año 1963. Comencé a buscar las fórmulas para desarrollar una entidad que pudiera canalizar esta inmensa tarea a la brevedad posible. Se lo propuse a don Manuel Larraín, que enfrentaba el mismo problema. Así llegamos a delinear la creación de un instituto especializado, que tomó su forma definitiva en el primer semestre de ese año. (La escritura pública se realizó recién el 5 de junio, cuando ya la entidad estaba funcionando).

Le dimos la estructura de una fundación sin fines de lucro. Se llamó Instituto de Promoción Agraria y adoptó la sigla de Inproa. El directorio estaría constituido por siete miembros titulares y siete alternos, los que serían nombrados por distintos organismos: la Fundación Diego Portales, la Fundación Cardenal Caro, la Fundación León XIII, el Instituto de Educación Rural, la Unión Social de Empresarios Cristianos, el Instituto del Desarrollo y el Obispado de Talca. Algunas de las que después serían figuras notables del proceso nacional de reforma agraria hicieron en Inproa sus primeras experiencias.

El Instituto debía, según sus estatutos, propender en términos

generales al desarrollo económico y social del país, y, en términos particulares, hacerse cargo de las reestructuraciones de propiedades agrícolas, apoyar todas las instituciones de respaldo a la vida rural y prestar los servicios que los campesinos necesitasen o requiriesen. Se movería, para ello, en una variedad de terrenos: empresarial, técnico, crediticio, laboral, incluso asistencial.

Para constituir su patrimonio, de cien mil escudos, el Arzobispado de Santiago aportaría dos tercios y el Obispado de Talca uno. Apenas habíamos puesto en marcha la iniciativa, la fundación alemana Misereor se interesó en ella y envió un aporte sustantivo para su crecimiento: 300 mil escudos más, que triplicaban la capacidad inicial. Inproa se hizo inmediatamente cargo del loteo y parcelación de los fundos que don Manuel y yo habíamos entregado a los campesinos, mediante estudios técnicos muy acabados.

Sus especialistas debían dar forma a las cooperativas campesinas y supervisar su funcionamiento, constituyéndose en una central de servicios para ellas. Inproa podía administrar las tierras no parceladas y luego venderlas, mediante créditos blandos, a los campesinos cooperados, que a la vuelta de cinco o seis años podrían tener sus títulos de dominio.

Pero podía hacer también mucho más. Por ejemplo, asesorar, proponer soluciones y eventualmente financiar la entrega de tierras de otras diócesis, en vista de que varios obispos estaban también interesados en deshacerse de estas propiedades. Hubo serios intentos en los casos de Linares y Concepción, pero al final primó el criterio de las ventas más rápidas y las operaciones no se concretaron. A pesar de ello, Inproa creció y se consolidó lo suficiente como para que, al cabo de un año, fuera la entidad más solvente de cuantas trabajaban en el problema agrícola.

Inproa tuvo un largo, difícil y hermoso trabajo en las dos décadas siguientes. A pesar de las dificultades y de los conflictos propios de una institución tan compleja, estoy muy orgulloso de toda la gente que trabajó en esto; sé que sin su cariño por la Iglesia, Inproa no hubiese sido posible. En 1982, el obispo de Talca, Carlos González, decidió retirarse de la Fundación, con la cual ésta pasó a ser exclusivamente de la Arquidiócesis de Santiago.

Mientras Inproa iniciaba su largo camino, la Universidad de

Notre Dame decidió invitarme a la misa inaugural de su año académico, acto en el que me conferiría el título de Doctor en Derecho *Honoris Causa*. Era un honor inmenso, cuya oportunidad no podía ser mejor. Me preparé para partir a Estados Unidos a comienzos de junio. Fui recibido con un gran afecto y tuve innumerables invitaciones para reunirme con funcionarios del gobierno y del Congreso; todos deseaban saber qué se vislumbraba en el futuro político inmediato de Chile; qué expectativas se vivían en América Latina; qué influencia tendría el Concilio en la vida de la Iglesia; e incluso qué papel podría jugar yo mismo —¡qué pretensión!— en las relaciones del Vaticano con Washington. Llevé ejemplares de la pastoral *El deber social y político...* y me sorprendió la extraordinaria acogida que este documento tuvo entre algunos de los políticos más relevantes de Estados Unidos. El entonces senador Hubert Humphrey, que luego sería Vicepresidente de la Nación bajo la gestión de Lyndon B. Johnson, no sólo me honró con su amistad, que conservé por muchos años, sino que realizó una encendida intervención en el Senado, en la cual pidió que la pastoral social de los obispos chilenos fuese incluida en el Boletín de Sesiones de esa alta cámara.

Pero había un motivo adicional para el desusado interés que los norteamericanos tenían en la situación de la Iglesia; era el mismo motivo por el cual yo sólo podía estar allí un par de días: el 3 de junio, lunes de Pentecostés, a las 7:49 de la mañana romana, habiendo cumplido 81 años, había muerto Juan XXIII, el Papa Bueno, el hombre santo que había conducido la barca de la Iglesia por los mares más luminosos de los últimos años.

La noticia había sacudido al mundo entero. Una inmensa congoja, superior a todo lo visto en este siglo, había rodeado al Vaticano desde aquel momento fúnebre, un momento que había convertido al Pontificado de Juan XXIII en el más corto desde Pío VIII (1829-30).

El Papa estaba gravemente enfermo desde bastante tiempo antes, pero ni los médicos se lo querían confesar, ni él quería admitirlo abiertamente. Poco antes de morir levantó la bandera de su contagioso optimismo ante su médico de cabecera:

—No esté tan preocupado —le dijo—. Mis maletas están empacadas. Estoy listo para irme..

Para mí había detalles todavía más conmovedores. El último

decreto que Juan XXIII firmó fue el que sirvió para coronar una imagen de la Virgen salesiana, adornada con símbolos bendecidos por él mismo. El Papa Roncalli agonizó esa noche, mientras en la casa salesiana de Vía Marsala 42 se cantaba el Te Deum de la Congregación, celebrando la coronación de aquella Virgen, ahora santificada por el gesto de este hombre de excepción.



*El cadáver del Papa es trasladado desde sus habitaciones hasta la Basílica de San Pedro.*

Aquella noche, como lo establece la tradición, el camarlengo, a la sazón el cardenal Aloisi Masella, debió acercarse al cuerpo del Papa y llamarlo en voz alta, tres veces, por su nombre de nacimiento: “¡Angelo! ¡Angelo! ¡Angelo!”. (En el pasado, este ceremonial se cumplía golpeando además la frente del Papa con un pequeño martillo de plata; Pacelli suspendió ese uso cuando murió Achille Ratti, Pío XI, de quien sería elegido sucesor).

Luego el secretario de Estado, Amleto Cicognani, anunció al mundo su muerte, tras lo cual debió renunciar, junto con todos los monseñores. En ese momento el Sacro Colegio Cardenalicio, encabezado por su decano, el cardenal Eugene Tisserant, asumió todo el poder de la Iglesia Universal, aunque bajo la norma de no innovar ni dictar leyes. Los tribunales eclesiásticos debieron cerrar *ipso facto*, anulada su capacidad para dictar sentencia alguna mientras durase la sede vacante. El cardenal decano asumió la tuición de todas las casillas papales, las que debió abrir para tomar la correspondencia, sellarla inmediatamente y entregarla en esas condiciones al nuevo elegido.

Simultáneamente con estos pasos, y mientras los cardenales de todo el mundo comenzaban a emprender el viaje hacia Roma, se realizó en el Vaticano la *Novendiali*, una serie de nueve ritos solemnes que culmina cuando todo el Sacro Colegio se ha reunido y se prepara la apertura oficial del Cónclave.

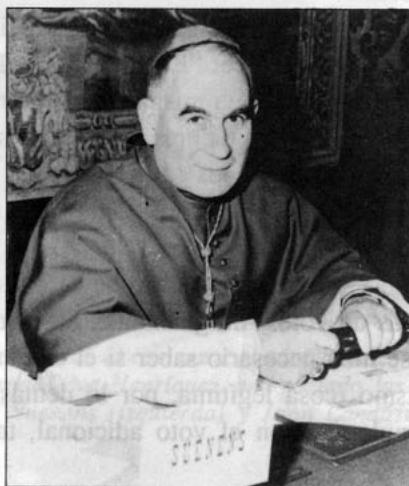
En todo este proceso el cuerpo papal debió ser trasladado por tres ataúdes, ungidos con agua hostial y fabricados en diferentes maderas nobles. En las sucesivas ceremonias la continuidad la marca insistentemente el himno de David arrepentido, *Misere mei, Deus*.



El cardenal Silva Henríquez lleva la corona hasta el sepulcro de Juan XXIII. Lo acompañan (de izquierda a derecha), los sacerdotes Jorge Sapunar y Alfonso Baeza, el diplomático René Rojas Galdames, y los padres Jorge Matte, Alejandro Rada y Wenceslao Barra.

El ceremonial establece que el Cónclave se inicia después de una misa en la que el secretario de cartas latinas debe pronunciar un discurso, genéricamente conocido como *De eligendo Pontifice*. En

aquella ocasión el encargado fue monseñor Tondini, un hombre que en la Curia era reconocido como conservador y que había mostrado una posición adversa a la mayoría del Concilio. Su discurso reflejó crudamente esos puntos de vista. Realizó una pormenorizada afirmación de los principales dogmas de la fe, advirtió repetidamente sobre los errores modernos y sostuvo que la Iglesia de hoy debía estar preparada para enfrentar grandes peligros y amenazas. Se trataba de una visión pesimista, totalmente diversa de la que el Papa Juan XXIII había impreso al Concilio y a la conducción de la Iglesia. Una mayoría de los cardenales mostró su desaprobación ante este tono, lo que indicó claramente cuál sería el sentido de la elección.



*Primer plano del cardenal Silva Henríquez, poco antes de la iniciación del cónclave.*

Al iniciarse el Cónclave se cierra una parte del Palacio Apostólico, la que corresponde al Patio de San Dámaso, con unas inmensas puertas de madera. Nadie puede entrar ni salir hasta que el Cónclave concluye.

Una vez que los cardenales se reúnen en tales condiciones de clausura, se inicia una primera votación, que es para nominar a los ejecutivos del Cónclave, dos escrutadores y dos secretarios. El camarlengo organiza las reuniones, y preside el decano, en ese entonces el cardenal Tisserant. Este era un hombre ampliamente respetado por todos. Su larga barba y sus 79 años imponían respeto y solemnidad, al tiempo que era reconocida su amplísima cultura. Llamado a la

Curia por el Papa Sarto, en 1914, fue director de la Biblioteca Vaticana; para ella viajó muchos años, rastreando manuscritos perdidos en Oriente; esa experiencia le sirvió para asumir la cabeza de la Congregación Para las Iglesias Orientales, cuyo trabajo tuvo gran relieve en los debates del Concilio sobre ecumenismo.

Culminado ese proceso, comienzan las votaciones, en secreto, y sin candidatos. En la primera suele salir un grupo numeroso de nombres, que pronto va disminuyendo. En esos escrutinios se perfilan usualmente los que serán postulantes más serios. Por eso los instantes en que se vota son de gran recogimiento y emoción. Cada cardenal sabe que en sus manos está una parte de la vida de la Iglesia, de su futuro y de su destino.

En la sala se dispone un gran copón para recibir los sufragios, ante el cual uno se hinca y dice: "En nombre de Dios, voto por el que parece más digno", que es la misma frase impresa en la cédula. Además del trabajo de los escrutadores y secretarios, a cada asistente se le entrega una lista de todos los cardenales, con unas marcas que sirven para seguir la votación. De ese modo, uno registra estrechamente la evolución de los escrutinios.

El proceso se va repitiendo hasta que se obtiene un candidato con dos tercios más un voto. Antiguamente, bastaba con los dos tercios, pero luego se hizo necesario saber si el cardenal elegido había votado por sí mismo (cosa legítima, por lo demás), con lo cual la votación debía anularse. Con el voto adicional, tal cosa no es ya necesaria.

En aquel Cónclave, los candidatos se habían perfilado muy claramente desde bastante antes del comienzo oficial. Por el sector más conservador, y más cercano a la Curia, se había rumoreado primero el nombre del cardenal Alfredo Ottaviani, que a sus 73 años y a pesar de una visión muy deteriorada, conservaba todo su vigor intelectual al frente del Santo Oficio; pero este cardenal había tenido una actuación muy polémica en el Concilio, lo que mermaba de entrada sus posibilidades. El cardenal Francis Spellman, de Nueva York, que según se decía había sido *papabile* en el Concilio anterior, tenía 74 años y su anticomunismo militante lo había llevado a sostener duras polémicas en su propio país, incluso con el gobierno de Kennedy. Así que el hombre con más opción era el cardenal Giuseppe Siri, arzo-

bispo de Génova, de 57 años (el más joven de su sector) y a la sazón poderoso presidente de la Conferencia Episcopal Italiana. Siri era un hombre de carácter fuerte, con un extraordinario magnetismo para quienes compartían sus posiciones. Había sido, en el Concilio, uno de los líderes "en la sombra" del sector conservador; sus opiniones, aunque no tan públicas ni polémicas como las de otros padres, eran ciertamente las más influyentes.



*Los cardenales oran al comenzar el cónclave. En el centro se ve al cardenal Silva Henríquez, y a su lado los cardenales León Josef Suenens (izquierda) y Juan Landázuri Ricketts (derecha).*

En el sector de la mayoría conciliar se alcanzó a mencionar al cardenal Bernard Alfrink, de Holanda, que a sus 63 años acumulaba un largo récord de polémicas con el Santo Oficio; y al cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia, tal vez el más grande renovador de la pastoral en su tiempo y uno de los impulsores del movimiento litúrgico en Italia. Pero esto duró muy poco. Para nosotros era muy claro que el nuevo Pápa debía ser Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán e, indiscutiblemente, uno de los hombres más cercanos a Juan XXIII y a su iniciativa conciliar.

El debate giró, en gran medida, sobre ese asunto. Se trataba de saber si el nuevo Pontífice continuaría o no con el Concilio, y si le daría el mismo impulso que su antecesor. Había una gran preocupación por este aspecto de la elección, y en las numerosísimas conversaciones que tuvieron lugar dentro del Cónclave llegó a ser el tema

principal. Yo mismo, que me sentaba frente al cardenal Montini en el aula de las votaciones, sentía esta inquietud hasta tal punto, que un día me acerqué a preguntarle si había alguna posibilidad de que el Concilio fuese cerrado por un nuevo Papa.

—*Il Concilio* —dijo Montini, enfático— *non lo ferma nessuno!* (¡El Concilio no lo cierra nadie!).

El 21 de junio de 1963, finalmente, después de varias rondas de votaciones, el cardenal Montini superó los dos tercios mínimos y fue proclamado Papa. Era un viernes. A las 11:18 horas, todos los cardenales lo seguimos hasta el balcón sobre la Plaza San Pedro. Ottaviani salió y se dirigió a la multitud.

—¡Tenemos que anunciarles una gran alegría! —dijo—. *¡Habemus Papa!*

Hubo una aclamación. Ottaviani siguió:

—*Eminentissimum ac reverendissimum dominum... dominum Joannen Baptistam Montini!*

La muchedumbre recibió con júbilo este nombre ya previsto por muchos. El nuevo Pontífice saludó a la grey desde el balcón y anunció que sería llamado Pablo, el VI en la línea de sucesión. Esta elección era muy importante y, en cierto modo, como con Juan XXIII, prefiguraba el programa pastoral del elegido: Pablo fue llamado también el Apóstol de los Gentiles, es decir, de todos los hombres, no sólo de los escogidos.

Giovanni Battista Montini tenía 66 años al momento de convertirse en Papa. Nacido en Concesio, un suburbio de Brescia, era hijo de una pareja de profesores. Su padre fue tres veces parlamentario de Italia e incursionó en el periodismo editando el diario local, *Il Cittadino*. Tuvo estudios privados para el sacerdocio y luego pasó por el Seminario y la Universidad Gregoriana. Por su cuenta y paralelamente, tomó también estudios de Literatura en la Universidad de Roma.

El entonces monseñor Giuseppe Pizzardo (que después sería uno de los cardenales más importantes de la Curia romana y, paradójicamente, uno de sus oponentes) lo recomendó para el servicio diplomático, pero Montini sólo alcanzó a servir un breve tiempo en Varsovia; se enfermó y retornó a Roma.

En los años 30 se convirtió en un admirador del sacerdote Luigi

Sturzo, que obtuvo la licencia papal para actuar en política y fundó el Partido Popular, base y semilla de la Democracia Cristiana. Estas simpatías, y su apasionado trabajo con los núcleos de la Acción Católica, atrajeron sobre Montini el calificativo de “peligroso” bajo el régimen fascista.



21 de junio de 1963: el recién elegido Papa Pablo VI se fotografía con todos los cardenales asistentes al cónclave. (El cardenal Silva Henríquez aparece en tercera fila, en el sector derecho).

En la postguerra, Montini trabajó estrechamente con obispos, sacerdotes y laicos norteamericanos en la National Catholic Welfare Conference, el organismo que estimuló la creación en Chile de Incami y luego de Caritas. Allí trabó una perdurable amistad con James Norris, precisamente el mismo ejecutivo que, en virtud de su amistad con don Manuel Larraín, nos ayudó a iniciar las tareas de Caritas. En 1962, para el Concilio, Norris sería uno de los pocos laicos invitados a las sesiones, gracias a Montini, quien solía decirle: “Ya ves, Jim, te hemos hecho un padre conciliar”.

Cuando murió el cardenal Luigi Maglione, secretario de Estado de Pío XII, en 1944, se sabía en Roma que el Papa tenía dos nombres para reemplazarlo: Montini, o monseñor Domenico Tardini. Ambos eran de líneas diferentes y Pío XII, para no agraviar a ninguno, decidió asumir personalmente la Secretaría de Estado y los designó

subsecretarios a los dos. Tardini, a cargo de los Asuntos Extraordinarios, relacionados con gobiernos y diplomáticos; Montini, al frente de los Asuntos Ordinarios, de obispos y episcopados.

Antes de su muerte, Pío XII reveló que, en un gesto inédito, tanto Montini como Tardini habían rechazado ser cardenales. Si hubieran aceptado, uno de ellos habría quedado como secretario de Estado y más probablemente sucesor del Papa; el otro habría cambiado de destino. Ninguno quiso permitir que su prójimo diera el último paso... y ninguno dio el primero. Así pasaron casi una década. En la Curia se inventó un refrán para describir esta extraña situación: "Cuando Tardini no quiere, Montini no puede".

Finalmente, en 1954, Montini aceptó al Arzobispado de Milán, el más importante de Italia, que el Papa le ofreció pocas horas antes de morir su antecesor en esa sede, el cardenal Ildefonso Schuster. Aquello fue visto como un triunfo del sector conservador de la Curia, que consideraba a Montini como un hombre demasiado avanzado. Pío XII murió con la angustia de no hacer cardenal a este arzobispo, caso único desde que San Ambrosio tuvo a cargo la diócesis milanesa. Tanta fue la desazón del Papa, que desde esa fecha no realizó ningún otro consistorio cardenalicio, para no desairar a Montini al no poder invitarlo.

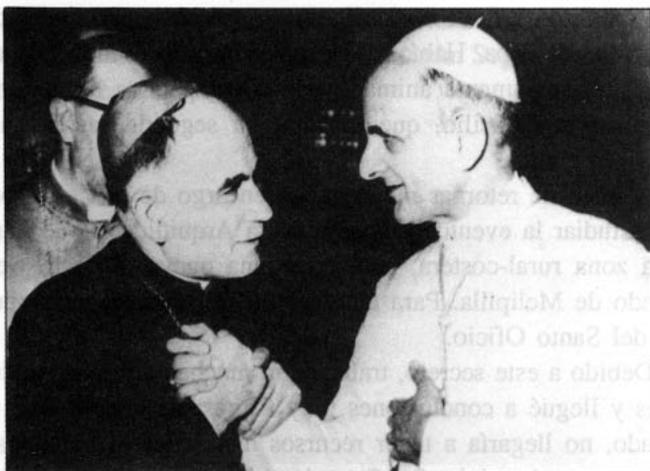
Juan XXIII rompió el círculo vicioso. En un consistorio que hizo apenas había asumido, creó cardenal a Montini y Tardini, y entregó a este último la Secretaría de Estado; ahora ya no importaba, porque todo el mundo sabía que el cardenal Montini era un hombre extraordinariamente cercano al Papa; los dos habían trabajado juntos en París, cuando el segundo era nuncio en Francia y el primero representaba a la Santa Sede ante la Unesco.

Se dice que antes de la elección del Papa Roncalli, hubo en aquel Cónclave de 1958 algunos cardenales que votaron ya entonces por Montini, suprimiendo de la papeleta la palabra "cardenal". Esto muestra el grado de aceptación que concitaba Montini, en contraste con las opiniones de la Curia.

El cardenal Tardini murió en 1961, antes de inaugurarse el Concilio Vaticano II, y Montini quedó como la figura más sólida de entre los *papables*. Durante esos años Juan XXIII lo envió como representante personal a varias misiones en América y Africa, y en el

Concilio fue el único cardenal de fuera de Roma que recibió invitación para alojar en los apartamentos papales.

Cuando fue elegido quiso innovar en algunas tradiciones, con el único objeto de favorecer la unidad más estrecha de la Iglesia. Por ejemplo, en la primera noche, en lugar de cenar solo como era la costumbre, pidió a todos los cardenales que lo acompañáramos; y quiso sentarse, además, en el mismo lugar que ocupaba como miembro del Sacro Colegio, debido a lo cual cené ese día frente a él.



*El cardenal Silva Henríquez saluda al Papa Pablo VI, recién vestido (con un traje que no está hecho a su medida). Espera su turno el cardenal Landázuri Ricketts.*

He pensado muchas veces que tal vez estos acontecimientos influyeron en el carácter algo tímido que tenía el Papa Pablo VI. Para mí este doble rasgo de magnetismo y retraimiento fue siempre un misterio difícil de desentrañar. Era un hombre sumamente avanzado, de una inteligencia deslumbrante, que percibía instantáneamente la complejidad de los más variados problemas, pero era también notablemente retraído. Tuve una gran confianza con él, pero noté a veces que, debido a hechos puntuales, tendía a mirar los problemas de la cristiandad bajo una óptica algo pesimista. “Vivimos con un peso enorme”, me decía. Y a veces: “Holanda es un volcán”; “Los españoles están locos”; “Las críticas de la prensa me duelen inmensamente”.

En todo caso, afrontó con una gran fuerza la continuación del Concilio. Lo vitalizó de inmediato con nuevos métodos, le infundió

sentido de la esperanza, dejó en claro que se proponía seguir la senda de Juan XXIII y desalentó todos los intentos por reducir el impacto de las deliberaciones. Además, a tres meses de asumir anunció lo que dos Papas anteriores habían dejado sin hacer: la completa reorganización de la Curia.

Retorné a Chile a fines de junio, después de las ceremonias de entronización del Papa. Había tenido oportunidad de conversar con él y me sentía sumamente animado por la perspectiva de continuar y profundizar el Concilio, que iniciaría su segunda sesión en unas cuantas semanas.

A poco de retornar me llegó un encargo de la Curia romana. Debía estudiar la eventual división de la Arquidiócesis de Santiago en una zona rural-costera, para crear una nueva diócesis. Sería el Obispado de Melipilla. Para entregar mi informe, se me impuso el sigilo del Santo Oficio.

Debido a este secreto, trabajé con muchas dificultades durante un mes y llegué a conclusiones muy firmes: de crearse este nuevo Obispado, no llegaría a tener recursos materiales ni humanos suficientes para sobrevivir. Su financiamiento sería altamente improbable, y jamás podría reunir un número de vocaciones como para establecer su propio Seminario y sus centros de formación. La Gran Misión, que hacía poco había concluido en toda esa zona, había demostrado que sólo un gigantesco esfuerzo, centralizado y apoyado por muchos recursos, podía permitir a la Iglesia llegar hasta todos los rincones rurales. Un intento con medios escasos derivaría en un sacrificio inútil.

Así lo aseguré en mi informe. Pero parece que esto no convenció a todos. Tiempo después, el Papa me pidió que visitara París y estudiara la forma en que se dividió esa ciudad para ver si el método sería aplicable a Chile. Sin embargo, encontré que la capital francesa vivía las mismas terribles complicaciones de todas las divisiones conocidas: superposición de jerarquías, permanentes conflictos de competencia y de límites, contradicciones entre obispos de diócesis cuya delimitación no era clara... en suma, un desastre. Este reporte negativo motivó que algunas personas me acusaran de ambición de poder; decían que yo quería tener más obispos auxiliares... ¡para llegar con más votos a la Conferencia Episcopal!

20 Aunque estas imputaciones no tuvieron éxito, me preocupé de proponer un camino intermedio; si había la decisión de crear diócesis, debía procurarse que éstas fueran subordinadas al arzobispo, sufragáneas pero con obligaciones, como existían en la antigüedad. Puede ser que esta referencia al pasado fuera mal recibida; quien conoce la historia de la Iglesia recordará que con ese mismo expediente, es decir, la acumulación de diócesis sufragáneas con sujeción a un obispo central, se originó el poder de Roma; de allí nació, justamente, la facultad del Papa de nombrar a los obispos, lo que privó a las diócesis de designar a sus pastores, como se hacía inicialmente. Mi idea fue prontamente rechazada. Seguiría teniendo una Arquidiócesis enorme.

Catorce días antes de inaugurar la segunda Sesión Conciliar, el papa Pablo VI, el 15 de septiembre de 1963, reunió a los cardenales de coordinadores para dirigir los debates (eran unos diez miembros) en calidad de autoridad. Los cardenales nombrados fueron Gregorio Pedroja, Lercaro, Julius Döpfner y León Josef Suenens. Este último podía caracterizarse como una mentalidad abierta.

Este trascendente paso permitió que se liberara una gran energía fuera de lo común. El 23 de septiembre, el papa Pablo VI dijo a los padres conciliares que, seguramente los pasos y la inspiración de Juan XXIII, y los debates en torno al Concilio podían ser resumidos en tres palabras: una definición más clara de las relaciones entre los obispos y el papa; no tenía intención "de reclamar para sí celebraciones excesivas"; la renovación de la Iglesia a través de la Palabra y el fondo de las Escrituras; y el avance hacia la unidad.

Inmediatamente comenzó el debate sobre el texto de la Constitución, cuyo primer texto había sido rechazado en la Sesión anterior. Para llegar a una nueva redacción se había constituido una comisión especial mixta, a la que se presentaron numerosos proyectos. Yo también hubo uno nuestro, entregado bajo mi firma y el de un grupo de peritos. Finalmente, monseñor Philippe Binet, secretario del Episcopado, preparó los dos primeros capítulos de la Constitución. Otros dos, sobre el Pueblo de Dios y la Eucaristía y la Santidad, fueron elaborados a partir de un texto preparado por un notable teólogo que más tarde sería cardenal.

El primer día de discusión probó que el texto de la Constitución, el segundo, el 1º de octubre, pedía la palabra a los representantes de América Latina. Dijo que el esquema de la Constitución